

MI CASA

Vuelvo a casa como he hecho varias veces en el último año, viajando en tres autobuses. El primer autobús es grande, rápido, cómodo, con aire acondicionado. Los pasajeros no se prestan mucha atención unos a otros. Contemplan el tráfico de la autovía, que el autobús sorteja con suprema facilidad.

Nos dirigimos hacia el oeste de la ciudad y luego hacia el norte, y después de ochenta kilómetros poco más o menos, llegamos a un próspero pueblo industrial y comercial. Aquí, junto con los pasajeros que van en mi misma dirección, hago trasbordo a un autobús más pequeño. Ya está bastante lleno de gente cuyo viaje a casa comienza en este pueblo: granjeros ya demasiado viejos para conducir y esposas de granjeros de todas las edades; estudiantes de enfermería y estudiantes de ingeniería agrónoma que vuelven a sus casas a pasar el fin de semana; niños enviados de casa de sus padres a casa de sus abuelos. Ésta es una zona con una numerosa población de colonos alemanes y holandeses, y algunos de los más ancianos hablan entre sí en una de esas dos lenguas. En esta etapa del viaje es posible que el autobús se detenga para entregar una cesta o un paquete a alguien que espera ante la verja de una granja.

El trayecto de cincuenta kilómetros hasta el pueblo donde se hace el último trasbordo lleva el mismo tiempo, o más, que los ochenta kilómetros desde la ciudad. Cuando llegamos a ese pueblo, los descendientes corpulentos y animosos de los alemanes, y los más recientes holandeses, se han apeado todos, ha anochecido y refrescado, las granjas se ven menos cuidadas y el terreno es más ondulado. Cruzo la calle con uno o dos supervivientes del primer autobús y dos o tres del segundo; aquí nos sonreímos, reconociendo una camaradería o incluso una afinidad que no habríamos percibido tan claramente en los lugares de los que partimos. Nos subimos al pequeño autobús que espera delante de la gasolinera. Aquí no hay estación de autobuses.

Éste es un viejo autobús escolar, con asientos muy incómodos que no pueden ajustarse de ninguna manera, y ventanillas con marcos metálicos horizontales. Eso te obliga a repantigarte en el asiento o a sentarte muy erguida y estirar el cuello a fin de disfrutar de una vista sin obstáculos. A mí me resulta irritante, porque éste es el paisaje que más deseo ver: los bosques otoñales cada vez más rojos y los campos de rastrojo secos y las vacas apiñadas bajo los aleros de los establos. Siempre pensé que escenas tan corrientes, en esta parte del país, son lo último que habría querido ver en la vida.

Y se me ocurre que es posible que así sea, y antes de lo que me esperaba, ya que el autobús circula a lo que parece una velocidad temeraria, con botes y bruscos virajes, a lo largo de los treinta kilómetros restantes de carretera mal asfaltada.

Ésta es una buena zona para los accidentes. Chicos demasiado jóvenes para tener el carné de conducir acaban mal por ir a ciento cuarenta por caminos de grava con poca visibilidad. Conductores en plena celebración atraviesan ruidosamente los pueblos a altas horas de la noche con los faros apagados, y la mayoría de los adultos varones han sobrevivido, por lo visto, al menos a un choque frontal con un poste de teléfonos y una caída en una cuneta con vuelta de campana.

Puede que mi padre y mi madrastra me hablen de estas bajas cuando llegue a casa. Mi padre se limita a mencionar algún terrible accidente. Mi madrastra va más lejos. Decapitación, un volante hundido en el pecho, la cara de alguien hecha pulpa por los cristales de la botella de la que bebía.

-Qué imbéciles -digo Con tono cortante.

No es sólo que no siento la menor simpatía por quienes conducen a toda velocidad por caminos de grava o borrachos como cubas. Lo que pasa es que pienso que esta conversación, la ampliación y el regodeo de mi madrastra, puede violentar a mi padre. Más adelante comprenderé que seguramente no es así.

-Ésa es la palabra que mejor los describe -conviene mi madrastra-. Imbéciles. Ellos son los únicos culpables.

Sentada con mi padre y mi madrastra -que se llama Irlma- a la mesa de la cocina, bebo whisky. Su perro, Buster, está tumbado a los pies de Irlma. Mi padre sirve whisky de centeno en tres vasos de zumo, tres cuartas partes de cada vaso, y luego añade agua hasta arriba. Cuando vivía mi madre, nunca hubo una botella de alcohol en esta casa, ni siquiera una botella de cerveza o vino. Antes de casarse, ella arrancó a mi padre la promesa de que nunca tomaría una copa. No fue porque hubiera sufrido las consecuencias de las borracheras de los hombres en su propia casa; era sólo la promesa que por aquel entonces exigían muchas mujeres con sentido de la dignidad antes de entregarse a un hombre.

La mesa de madera de la cocina en la que comíamos siempre y las sillas donde nos sentábamos han sido trasladadas al establo. Las sillas no hacían juego. Eran muy viejas, y un par de ellas procedían supuestamente de lo que se llamaba la fábrica de sillas -no debía de ser más que un taller- de Sunshine, un pueblo que dejó de existir a finales del siglo XIX. Mi padre está dispuesto a venderlas por casi nada, o regaladas si alguien las quiere. Nunca ha entendido la admiración por lo que él considera trastos viejos, y piensa que la gente que la profesa es pretenciosa. Irlma y él han comprado una mesa nueva con la superficie de plástico, que presenta un vago parecido con la madera y no se raya, y cuatro sillas con el asiento tapizado en plástico que tienen un estampado de flores amarillas y son, a decir verdad, mucho más cómodas que las viejas sillas de madera.

Ahora que vivo a sólo ciento sesenta kilómetros, vengo más o menos cada dos meses. Antes, durante mucho tiempo, vivía a más de mil quinientos kilómetros y pasaba años sin ver esta casa. Entonces pensaba en ella como un lugar que quizá nunca volvería a ver y su recuerdo me conmovía enormemente. Recorría sus habitaciones mentalmente. Todas esas habitaciones son pequeñas, y como suele ocurrir en las viejas granjas, no están concebidas para aprovechar el exterior, sino para, si es posible, olvidar su existencia. Puede que la gente no quisiera pasar su tiempo de descanso o resguardarse mirando los campos en los que habían trabajado, o la nieve amontonada que tendrían que quitar a paladas para dar de comer al ganado. Se consideraba que la gente que admiraba abiertamente la naturaleza -o que incluso llegaban al punto de usar esa palabra, «naturaleza»- estaba un poco mal de la cabeza.

En mi mente, cuando me encontraba lejos de allí, también veía el techo de la cocina, de tablas machihembradas, estrechas y manchadas de hollín, y el marco de la ventana roído por un perro que habían dejado encerrado allí antes de nacer yo. El papel de las paredes presentaba manchas pálidas por una gotera en la chimenea, y el linóleo había sido repintado por mi madre, mientras pudo, cada primavera. Lo pintaba de un color oscuro -marrón o verde o azul marino-, y luego, usando una esponja, añadía un dibujo, con motas de vivo color amarillo o rojo.

Ahora el techo queda oculto detrás de placas cuadradas blancas y un nuevo marco metálico ha sustituido el marco roído de madera de la ventana. El cristal de la ventana también es nuevo, y no aporta extrañas ondas o volutas a lo que puede verse a través de él. Y lo que se ve, de todos modos, no es el bosque de resplandor dorado que rara vez se despejaba y que abarcaba los dos cuarterones inferiores de la ventana, ni el vergel de manzanos roñosos y los dos perales que, al estar tan al norte, apenas daban fruto. Ahora hay sólo un establo de pavos alargado y gris, sin ventanas, y un corral de pavos, para los que mi padre vendió una franja de tierra.

En las habitaciones delanteras han puesto papel pintado nuevo -un papel blanco con un dibujo rojo en relieve, alegre pero formal- y moqueta de color verde musgo. Y como tanto mi padre como Irlma se criaron y vivieron parte de su vida adulta en casas iluminadas con candiles, hay luz por todas partes: plafones y lámparas, largos tubos deslumbrantes y bombillas de cien vatios.

Incluso el exterior de la casa, el ladrillo rojo cuya argamasa desmenuzada permitía el paso del viento del este, va a cubrirse con un revestimiento metálico blanco. Mi padre está pensando en colocado él mismo. Así que parece que esta casa peculiar -la parte de la cocina se construyó en la década de los 60- puede disolverse, en cierto modo, y perderse, dentro de una casa cómoda y corriente

de nuestros tiempos..

No lamento esta pérdida como la habría lamentado en su día. Si pienso que el ladrillo rojo tiene un color suave precioso, y que he oído de gente (gente de la ciudad) que paga un alto precio por esos ladrillos viejos, pero lo digo sobre todo porque creo que es lo que espera mi padre. A sus ojos, ahora soy una persona de ciudad, ¿y cuándo he tenido yo sentido práctico? (Ahora eso ya no se considera un defecto tan grave como antes, porque me he abierto camino, contra todo pronóstico, entre personas que probablemente tienen tan poco sentido práctico como yo.) Y le complace volver a explicar lo del viento este y el coste del combustible y la dificultad de las reparaciones. Sé que todo lo que dice es verdad, y sé que la casa que se está perdiendo tampoco era una buena casa ni tenía encanto alguno. Era una casa de gente pobre, siempre lo fue, con la escalera que subía entre paredes, y dormitorios comunicados entre sí. Una casa donde se había vivido sólo con lo indispensable durante más de cien años. Así que si Irlma y mi padre querían estar cómodos combinando sus pensiones de jubilación, lo que los hacía más ricos de lo que habían sido en toda su vida, si deseaban ser (usan esta palabra sin comillas, de una manera muy llana y positiva) «modernos», ¿quién soy yo para quejarme por la pérdida de unos cuantos ladrillos rosados, de una pared que se desmorona?

Pero también es cierto que mi padre quiere oír alguna objeción, alguna tontería de mi parte. Y me siento obligada a ocultarle el hecho de que la casa ya no significa tanto para mí como antes, y en realidad ahora no me importa qué cambios hace.

-Sé el cariño que le tienes a esta casa -me dice en un tono de disculpa pero con satisfacción.

Y yo no le digo que ya no sé si tengo cariño a ninguna casa, y que me parece que aquello por lo que sentía cariño era la persona que yo fui cuando vivía aquí: una persona que dejé atrás para siempre, y en buena hora.

Ahora no voy al salón, a hurgar en el banco del piano en busca de fotografías y partituras viejas. No voy a buscar mis viejos libros de texto del instituto, mi poesía en latín, *Maria Chapdelaine*. O los éxitos de ventas de algún año de la década de los cuarenta, cuando mi madre era socia del Club del Libro del Mes: un gran año para las novelas sobre las esposas de Enrique VIII, y para las escritoras de nombres compuestos, y para los ensayos sobre la Unión Soviética. No abro los «clásicos» encuadernados en tapa blanda con piel de imitación, comprados por mi madre antes de casarse, sólo para ver su nombre de soltera escrito con la elegante y convencional letra de maestra en la guarda marmolada, después de la nota del editor: «Hombre, te acompañaré y seré tu guía, y cuando la necesidad te apremie a tu lado estaré».

Los recordatorios de mi madre en esta casa no son tan fáciles de encontrar, pese a que la dominó durante tanto tiempo con lo que nos parecían sus bochornosas ambiciones, y después con sus quejas igual de bochornosas aunque justificadas. La enfermedad que la aquejaba era tan poco conocida entonces, y de efectos tan extraños, que ciertamente parecía justo la clase de mal que ella habría sido capaz de inventar, por morbosa tozudez y una verdadera necesidad de atención, de ampliar las dimensiones de su vida. Una atención que su familia llegó a darle por fuerza, no del todo a regañía dientes pero de una manera tan rutinaria que parecía -a veces lo era- fría, impaciente, desprovista de ternura. Para ella nunca era suficiente, nunca.

Los libros que había antes por la casa, debajo de las camas y encima de las mesas, habían sido acorralados por Irlma, perseguidos y encajonados en la librería del salón, encerrados detrás de las puertas de cristal. Mi padre, leal a su esposa, cuenta que ya apenas lee, que está demasiado ocupado. (Aunque le gusta hojear el *Atlas histórico* que le mandé.) A Irlma le desagrada ver leer a la gente porque no es una actividad sociable y, a fin de cuentas, ¿para qué sirve? Cree que la gente está mejor jugando a las cartas, o haciendo cosas. Los hombres pueden dedicarse a la carpintería, las mujeres a confeccionar edredones y tejer alfombras o hacer ganchillo o bordar. Siempre hay muchas cosas que hacer.

Contrariamente, Irlma concede un gran valor a la afición a escribir que mi padre ha desarrollado en

la vejez. «Escribe muy bien excepto cuando se cansa demasiado -me dijo-. En cualquier caso, escribe mejor que tú.»

Tardé un poco en caer en la cuenta de que se refería a mi caligrafía. Eso es lo que siempre había significado por aquí «escribir». La otra actividad se llamaba, o se llama, «inventar cosas». Para ella están unidas de alguna manera y no tiene nada que objetar. Ni a lo uno ni a lo otro.

«Así mantiene la cabeza activa», dice.

Jugar a las cartas, en su opinión, serviría para lo mismo. Pero no siempre tiene el tiempo para sentarse a eso durante el día.

Mi padre me habla acerca del revestimiento de la casa. «Necesito un trabajo así para volver a estar tan en forma como hace un par de años.»

Hace unos quince meses tuvo un ataque al corazón muy grave.

Irlma saca tazas de café, una bandeja de galletas saladas, queso y mantequilla, bollos de salvado, pastas de levadura, pastel de fruta con glaseado hervido.

-No hay gran cosa -dice-. Con la edad, me estoy volviendo perezosa.

Digo que eso nunca ocurrirá, nunca se volverá perezosa.

-Incluso el pastel es de sobre, me avergüenza decir. La próxima vez será comprado.

-Está muy bueno -aseguro-. Algunos pasteles de sobre salen buenísimos.

-Eso es verdad -coincide Irlma.

Harry Crofton -que trabaja media jornada en el criadero de pavos donde antes trabajaba mi padre- pasa por casa a la hora de comer al día siguiente y, después de las necesarias y previsibles protestas, se deja convencer y se queda. Comemos a las doce. Hay filete redondo machacado y enharinado y guisado al horno, puré de patatas con salsa, chirivías cocidas, ensalada de col, pan tostado, galletas de pasas, compota de manzana silvestre, tarta de calabaza con un baño de malvavisco. También hay pan y mantequilla, varios adobos, café instantáneo, té.

Harry transmite el recado de que Joe Thoms, que vive en una caravana río arriba, sin teléfono, le agradecería a mi padre que se pasara por allí con un saco de patatas. Las pagaría, por supuesto. Vendría a buscarlas él mismo si pudiera, pero no puede.

-Sí, ya, seguro que no puede -dice Irlma.

Mi padre camufla la pulla aclarándome:

-Se ha quedado prácticamente ciego.

-Apenas encuentra el camino a la licorería -añade Harry. Todos ríen.

-Encontraría el camino hasta allí por el olfato -dice Irlma. Y se repite, con regodeo, como tiene por costumbre-. Encontraría el camino por el olfato.

Irlma es una mujer fornida y rubicunda, con rizos teñidos de color caramelo, ojos castaños en los que aún brilla una chispa, una expresión de emotividad, de estar siempre al borde de la risa. O al borde de la impaciencia que da paso a la indignación. Le gusta hacer reír a la gente, y reírse ella. En otras ocasiones se planta en jarras y echa la cabeza al frente y deja caer algún comentario áspero, como con la esperanza de provocar una pelea. Relaciona esta conducta con su origen irlandés y el hecho de haber nacido a bordo de un tren.

«Soy irlandesa, ¿sabes? Soy una irlandesa de pura cepa. Y nací en un tren en marcha. No pude esperar. En el puerto del Caballo Coceador, ¿qué te parece? Si naces a lomos de un caballo coceador, sabes valerte por ti misma, yeso es un hecho.» A continuación, tanto si sus interlocutores le siguen la corriente en su respuesta como si se encogen en un silencio de desconcierto, ella lanza una risa de desafío.

-¿Joe vive aún con esa Peggy? -pregunta a Harry.

Yo no sé quién es Peggy, así que lo pregunto.

-¿No conoces a Peggy? -dice Harry con tono de reproche. Y a Irlma-: Claro que sí.

Harry trabajaba para nosotros cuando yo era pequeña y mi padre tenía el criadero de zorros. Me

daba palos de regaliz, que sacaba de entre la pelusa de las profundidades de sus bolsillos, e intentaba enseñarme a conducir el camión y me hacía cosquillas hasta el elástico de las bragas.

-¿A Peggy Goring? -insiste Harry-. ¿La que vivía con sus hermanos al lado de la vía a este lado de Cana da Packers, la central cárnica? Medio india. Hugh y Bud Goring. ¿Y Hugh, el que trabajaba en la lechería?

-Bud era el vigilante del ayuntamiento -interviene mi padre. -¿Te acuerdas ahora? -pregunta Irlma con cierta aspereza. Aquí el olvido de nombres y hechos locales puede considerarse intencionado, grosero.

Contesto que sí, aunque no es verdad.

-Hugh se marchó y no volvió nunca más -cuenta Irlma-. Bud cerró la casa. Sólo ocupa la habitación del fondo. Ahora recibe una pensión pero, como es tan avaro, no quiere calentar toda la casa.

-Se ha vuelto un poco raro -dice mi padre-. Como todos nosotros.

-¿Y Peggy? -pregunta Harry, que conoce y siempre ha conocido todas las anécdotas, los rumores, las desgracias y posibles paternidades en muchos kilómetros a la redonda-. Peggy andaba con Joe. Hace años. Pero de pronto se marchó y se casó con otro y se quedó a vivir en el norte. Al cabo de un tiempo, Joe se fue también allí, y vivía con ella pero tuvieron una pelea de aúpa y él se marchó al oeste.

Ríe como siempre ha hecho, calladamente, con una gran sorna íntima que parece hallarse dentro de él y asomar en forma de estremecimiento en el pecho y los hombros.

-Así les iban las cosas -dice Irlma-. Así se llevaban. -Entonces Peggy se fue al oeste detrás de él -prosigue Harry-, y acabaron viviendo juntos allí y, por lo que se ve, él la molía a palos cada dos por tres, hasta que al final ella cogió el tren y volvió aquí. Antes de coger el tren, él le arreó tal paliza que pensaron que tendrían que parar y llevarla al hospital.

-Ya me gustaría a mí ver al hombre capaz de ponerme la mano encima -dice Irlma-. Ya me gustaría a mí verlo, ya.

-Sí, claro -prosigue Harry-. Pero ella debió de conseguir dinero o quizás obligó a Bud a pagarle una parte de la casa, porque se compró la caravana. Tal vez pensó que viajaría. Pero Joe volvió a aparecer e instalaron la caravana junto al río y cogieron y se casaron. Su otro marido debió de morir.

-Eso de que están casados lo dicen ellos -matiza Irlma.

-No lo sé -dice Harry-. Cuentan que todavía le arrea de lo lindo cuando le da la venada.

-Si a mí alguien me pone la mano encima -repite Irlma-, se la devuelvo. Se la devuelvo donde más duele.

-Calma, calma -interviene mi padre con fingida consternación.

-El hecho de que ella sea medio india puede que tenga algo que ver -continúa Harry-. Dicen que los indios sacuden a sus mujeres de vez en cuando, y así ellas los quieren más.

Me siento obligada a decir:

-Bah, ésas son las cosas que la gente anda diciendo de los indios. E Irlma, con el olfato siempre alerta a la prepotencia o la superioridad, señala que hay mucho de cierto en lo que dice la gente de los indios, eso tenía por seguro.

-Bueno, esta conversación es demasiado estimulante para un viejo como yo -dice mi padre-. Creo que me vaya tumbar un rato.

-No está bien -dice Irlma tras oír los lentos pasos de mi padre escalera arriba-. Desde hace un par de días, se encuentra mal.

-¿Ah, sí? -digo, sintiéndome culpable por no haberme dado cuenta.

Yo lo he visto como siempre lo veo desde que mis visitas nos juntan a Irlma y a mí: sólo un poco tembloroso y aprensivo, como si tuviera que mantenerse en guardia, como si la necesidad de dar explicaciones y defendemos, a una de la otra, le exigiera cierta energía.

-No se encuentra bien -insiste Irlma-. Lo noto.

Se vuelve hacia Harry, que se ha puesto la chaqueta.

-Dime una cosa antes de salir por esa puerta -dice ella, interponiéndose entre la puerta y él para cortarle el paso-. Dime, ¿cuánta cuerda hace falta para atar a una mujer?

Harry finge pensárselo.

-¿Sería una mujer grande o una mujer pequeña?

-Una mujer de cualquier tamaño.

-Pues no sabría decirte. No, no lo sé.

-Dos bolas y quince centímetros -exclama Irlma, y nos llega un borboteo lejano, surgido del subterráneo deleite de Harry.

-Irlma, eres una fiera.

-Lo soy. Soy una fiera vieja. Lo soy.

Acompaño a mi padre en el coche a llevar las patatas a Joe Thoms. -¿No te encuentras bien?

-No estoy en mi mejor momento.

-¿Y qué te pasa exactamente?

-No lo sé. No puedo dormir. No me extrañaría que hubiese pillado una gripe.

-¿Llamarás al médico?

-Si no mejoro, lo llamaré. Llamarlo ahora sería hacerle perder el tiempo.

Joe Thoms, unos diez años mayor que yo, es un hombre alarmantemente frágil y vacilante, de brazos largos y fibrosos, rostro atractivo, estropeado, sin afeitarse, ojos grises apagados. No me explico cómo es capaz de pegar a nadie. Se acerca a tuestas a recibimos y, tras coger el saco de patatas, nos invita con insistencia a entrar en la caravana llena de humo.

-Pienso pagártelas -dice-. Dime cuánto es.

-Venga, venga -responde mi padre.

Delante de la cocina, una mujer enorme revuelve algo en una cazuela.

-Peggy, te presento a mi hija -dice mi padre-. Qué bien huele, lo que sea que guisas ahí.

Ella no contesta, y Joe Thoms dice:

-Es sólo un conejo que nos regalaron. Es inútil hablarle, con el oído de este lado no oye nada. Ella está sorda y yo ciego. ¿No es mala suerte? Es sólo conejo, pero no nos importa comerlo. El conejo lleva una alimentación sana.

Ahora veo que la mujer no es en realidad tan enorme. La parte superior del brazo, hinchada como un bejín, no guarda proporción con el resto del cuerpo. La manga ha sido arrancada del vestido, dejando la sisa deshilachada, con las hebras colgando, y la gran hinchazón de la carne visible y reluciente en medio del humo y la penumbra de la caravana.

-Puede quedar muy rico, el conejo -comenta mi padre. -Siento no ofrecerte un trago -dice Joe-. Pero no tenemos nada en casa. Ya no bebemos.

-Tampoco me apetece, para serte sincero.

-No hay nada en la casa desde que vamos al Tabernáculo. Los dos, Peggy y yo. ¿Sabías que ahora vamos allí?

-No, Joe. No lo sabía.

-Pues sí. Y es un consuelo para nosotros.

-Me parece bien.

-Ahora me doy cuenta de que he ido por el mal camino la mayor parte de mi vida. También Peggy se da cuenta.

-Ajá -dice mi padre.

-Me digo que es lógico que el Señor me haya castigado con la ceguera. Me ha castigado con la ceguera, pero yo veo su intención. Veo la intención del Señor. Aquí no hay una sola gota de alcohol desde el fin de semana del primero de julio. Ésa fue la última vez. El primero de julio.

Acerca la cara a la de mi padre.

-¿Y tú ves la intención del Señor?

-En fin, Joe... -dice mi padre con un suspiro-. Para mí, Joe, todo eso no son más que paparruchas.

Su respuesta me sorprende, porque habitualmente mi padre es un hombre de una gran diplomacia, de amables evasivas. Siempre me ha hablado, casi en tono de advertencia, de la necesidad de «avenirse» de no irritar a la gente.

Joe Thoms se sorprende aún más que yo.

-No hablas en serio. Lo dices por decir. No sabes lo que dices. -Lo sé muy bien.

-Pues deberías leer la Biblia. Deberías ver lo que dice la Biblia.

Mi padre se da una palmada en las rodillas en un gesto de nerviosismo e impaciencia.

-Una persona puede estar de acuerdo o no con la Biblia, Joe. La

Biblia no es más que un libro como cualquier otro.

-Decir eso es pecado. El Señor escribió la Biblia y Él planeó y creó el mundo y a todos los que aquí estamos.

Otra palmada.

-No sé qué decirte, Joe. No sé. En cuanto a lo de planear el mundo, ¿quién sabe si se planeó siquiera?

-y entonces, ¿quién lo creó?

-No tengo respuesta a eso. Y me trae sin cuidado.

Veo que la expresión de mi padre no es la de costumbre, que no es agradable (que ha sido la más habitual en él) y tampoco malhumorada. Es una cara de obstinación, pero no desafiante, sino sencillamente abstraída en un hastío inflexible. Algo se ha cerrado en él, se ha parado en seco.

De camino al hospital, conduce él mismo. Yo voy sentada a su lado con una lata limpia en las rodillas, lista para tendérsela por si tiene que detenerse en el arcén y vomitar otra vez. Ha estado en vela toda la noche, arrojando con frecuencia. Entremedias se sentaba a la mesa de la cocina a hojear el Atlas histórico. Él, que rara vez ha salido de la provincia de Ontario, conoce los ríos de Asia y las antiguas fronteras de Oriente Medio. Sabe dónde está la fosa marina más profunda en el lecho oceánico. Conoce la ruta de Alejandro Magno, y la de Napoleón, y sabe que los jázaros tenían su capital en la desembocadura del Volga en el mar Caspio.

Dijo que tenía un dolor en los hombros, en la espalda. Y lo que llamó su viejo enemigo, el dolor de vientre.

A eso de las ocho, subió a su habitación para intentar dormir, e Irlma y yo pasamos la mañana charlando y fumando en la cocina, con la esperanza de que él hubiera conciliado el sueño.

Irlma recordó el efecto que ella solía causar en los hombres. Empezó pronto. Un hombre intentó seducirla cuando ella miraba un desfile, con sólo nueve años. Y un día, durante la etapa inicial de su primer matrimonio, iba por una calle de Toronto, buscando un sitio del que había oído hablar, que vendía recambios de aspiradora, y un absoluto desconocido le dijo: «Si me permite un consejo, señorita, no se pasee por la ciudad con una sonrisa así en la cara. La gente podría interpretada mal».

-Yo no sabía cómo sonreía. No pretendía nada malo. Siempre he preferido sonreír a arrugar la frente. Me quedé de una pieza. «No se pasee por la ciudad con una sonrisa así en la cara.» -Se reclina en la silla, abre los brazos en un gesto de impotencia, se ríe-. Era un bombón. y yo ni lo sabía.

Me cuenta lo que mi padre ha dicho de ella. Ha dicho que ojalá hubiera sido siempre ella su mujer, y no mi madre.

-Eso dijo. Dijo que yo era la mujer ideal para él. Que tenía que haberme encontrado a mí la primera vez.

«Y es verdad», dice.

Cuando mi padre bajó, dijo que se sentía mejor, que había dormido un poco y el dolor se le había pasado, o al menos tenía la sensación de que se le estaba pasando. Podía intentar comer algo. Irlma le ofreció un bocadillo, huevos revueltos, compota de manzana, té. Mi padre probó a tomar una taza de té, y luego vomitó y siguió vomitando bilis.

Pero antes de ir al hospital, tuvo que llevarme al establo y enseñarme dónde estaba el heno, cómo echárselo a las ovejas. Irlma y él tienen unas dos docenas de ovejas. No sé por qué. Dudo que el dinero que obtienen con las ovejas compense el trabajo que les dan. Quizá sea sólo porque la presencia de animales en casa les resulta reconfortante. Tienen a *Buster*, claro, pero no es exactamente un animal de granja. Las ovejas generan tareas, trabajo de granja que hacer, la clase de trabajo que han conocido durante toda su vida.

Las ovejas aún están pastando, pero la hierba que encuentran ha perdido parte de su valor nutritivo - ha habido un par de heladas-, así que también hay que darles heno.

En el coche voy sentada a su lado sosteniendo la lata y recorremos lentamente el camino de costumbre al hospital: Spencer Street, Church Street, Wexford Street, Ladysmith Street. El pueblo, a diferencia de la casa, sigue casi igual que siempre: nadie está reformándolo ni cambiándolo. Sin embargo, para mí sí ha cambiado. He escrito sobre él y lo he agotado. Aquí están poco más o menos los mismos bancos y ferreterías y tiendas de alimentación, y la barbería y la torre del ayuntamiento, pero para mí todos sus mensajes secretos, pródigos, se han consumido.

No para mi padre. Él ha vivido aquí y sólo aquí. No ha escapado de las cosas dándoles el mismo uso que yo.

Cuando ingreso a mi padre en el hospital, ocurren dos cosas un tanto extrañas. Me preguntan su edad, y yo contesto de inmediato: «Cincuenta y dos», que es la edad del hombre del que estoy enamorada. Luego me echo a reír y me disculpo y corro hasta la cama de la sala de urgencias donde está acostado y le pregunto si tiene setenta y dos o setenta y tres años. Me mira como si la pregunta lo desconcertara también a él. «Perdón, ¿cómo dices?», responde de una manera formal, para ganar tiempo, y luego consigue contestar: setenta y dos. Le tiembla un poco todo el cuerpo, pero el mentón le tiembla claramente, tal como le pasaba a mi madre. En el breve espacio de tiempo desde su ingreso en el hospital ha experimentado una especie de renuncia. Él ya lo veía venir, naturalmente, y por eso lo retrasaba. Se acerca la enfermera para tomarle la presión y él intenta arremangarse pero no puede: tiene que hacerlo ella por él.

-Usted puede sentarse fuera en la sala -me indica la enfermera-. Allí estará más cómoda.

La segunda cosa extraña: resulta que el doctor Parakulam, el médico de mi padre -conocido en el pueblo como el doctor Hin-Dú-, es el médico de guardia. Llega poco después y oigo que mi padre hace un esfuerzo por saludarlo con tono afable. Oigo cómo corren las cortinas alrededor de la cama. Después del reconocimiento, el doctor Parakulam sale y habla con la enfermera, que ahora está ocupada en el mostrador de la sala donde yo espero.

-De acuerdo. Ingrésele. Arriba.

Se sienta frente a mí mientras la enfermera llama por teléfono. -¿Ah, no? -dice ella por el auricular-. Pues él lo quiere ahí arriba. No. De acuerdo. Se lo diré.

-Dicen que tendrá que ir a la Tres-e. No hay camas.

-No lo quiero con los crónicos -dice el médico. Tal vez le habla con un tono más autoritario, más ofendido, del que emplearía un médico natural de este país-. Lo quiero en intensivos. Lo quiero arriba.

-Pues en ese caso quizá debería hablar usted con ellos -sugiere la enfermera-. ¿Quiere hablar con ellos?

Es una mujer alta y delgada, con cierto aire de marimacho de mediana edad, alegre y estridente. Con él, emplea un tono menos discreto, menos correcto y deferente del que cabría esperar en una enfermera para con un médico. Acaso él sea un médico que no sabe ganarse el respeto. O acaso se deba

sólo a que las mujeres de campo y de pueblos pequeños, generalmente de opiniones conservadoras, acostumbran a ser marimandona s y no se dejan intimidar.

El doctor Parakulam coge el auricular.

-No lo quiero con los crónicos. Lo quiero arriba. Vale, pero ¿no pueden...? Sí, lo sé. Pero ¿no pueden? Es un caso... Lo sé. Pero quiero decir que... Sí. Sí, de acuerdo. De acuerdo. Lo entiendo.

Cuelga y dice a la enfermera:

-Llévelo a la Tres.

Ella coge el teléfono para ordenar el traslado.

-Pero usted lo quiere en cuidados intensivos --digo, pensando que tiene que existir una manera de que prevalezcan las necesidades de mi padre.

-Sí. Lo quiero allí, pero no puedo hacer nada al respecto.

El médico me mira a los ojos por primera vez, y quizás ahora soy yo su enemigo, y no la persona al otro lado de la línea. Es un hombre bajo, moreno, elegante, de ojos grandes y vidriosos.

-He hecho lo que he podido -dice-. ¿Qué más cree que puedo hacer? ¿Qué es un médico? Hoy en día un médico ya no es nada.

No sé quién cree que tiene la culpa -las enfermeras, el hospital, el Gobierno-, pero no estoy habituada a ver a médicos estallar así y lo último que quiero de él es una confesión de impotencia. Me parece un mal augurio para mi padre.

-Yo no lo culpo a usted... -digo.

-Muy bien, pues. No me culpe.

La enfermera ha acabado de hablar por teléfono. Me dice que tendré que ir a Ingresos y rellenar unos formularios.

-¿Tiene su cartilla? -pregunta, y al médico-: Traen a alguien que ha tenido un accidente de coche en la carretera de Lucknow. Por lo que he podido deducir, no es muy grave.

-De acuerdo. De acuerdo. -Hoy está usted de suerte.

Han puesto a mi padre en una habitación de cuatro camas. Una cama está vacía. En la cama contigua, allado de la ventana, hay un anciano que tiene que permanecer en posición horizontal, boca arriba, y recibir oxígeno, pero puede entablar conversación. Durante los dos últimos años, dice, lo han operado nueve veces. Ha pasado casi todo el año anterior en el Hospital de Veteranos de la ciudad.

-Me sacaron todo lo que podían sacarme y luego me atracaron de píldoras y me mandaron a morir a casa.

Lo dice como si fuese una ocurrencia que ha contado con éxito muchas veces.

Tiene una radio, sintonizada en una emisora de rock. Tal vez es la única que ha encontrado. O tal vez le gusta.

Enfrente de mi padre está la cama de otro anciano, a quien han levantado y colocado en una silla de ruedas. Tiene el pelo blanco, cortado al cepillo, todavía espeso, y la cabeza grande y el cuerpo frágil de un niño enfermizo. Lleva un camisón de hospital corto y está sentado en la silla de ruedas con las piernas separadas, mostrando un nido de huevos resecos y parduzcos. Hay una bandeja cruzada en la parte delantera de su silla, como la bandeja de una sillita de niño. Le han dado un paño con el que jugar. Lo enrolla y lo golpea tres veces con el puño. Luego lo desenrolla y lo vuelve a enrollar, cuidadosamente, y lo golpea de nuevo. Siempre lo golpea tres veces, una vez en cada extremo y otra en medio. El procedimiento continúa y el ritmo no varía.

-Dave Ellers -susurra mi padre.

-¿Lo conoces?

-Sí, claro. Es un viejo ferroviario.

El viejo ferroviario nos lanza una breve mirada, sin interrumpir su rutina.

-Ja -dice con tono de advertencia.

-Ha ido cuesta abajo -explica mi padre, aparentemente sin ironía.

-Pues tú eres el hombre más apuesto de la habitación -digo-. Y también el mejor vestido.

Entonces sí sonríe, débilmente y por cumplir. Le han dejado ponerse el pijama a rayas de color granate y gris que Irlma sacó de su paquete para él. Un regalo de Navidad.

-¿Te parece que tengo un poco de fiebre?

Le toco la frente, que le arde.

-Quizás un poco. Ya te darán algo. -Me inclino y susurro-: Creo que también les llevas ventaja en lo intelectual.

-¿Cómo? -pregunta. Mira alrededor-. Puede que no la conserve mucho tiempo.

En el mismo momento en que lo dice, me lanza la mirada de impotencia y desesperación que hoy he aprendido a interpretar, y cojo la palangana, colocada en el soporte al lado de la cama, y se la sostengo.

Mientras mi padre hace arcadas, el hombre de las nueve operaciones sube el volumen de la radio.

*Sitting on the ceiling
Looking upside down
Watching all the people
Goin' roun' and roun'*

Regreso a casa y ceno con Irlma. Volveré al hospital después de la cena. Irlma irá mañana. Mi padre ha dicho que era mejor que ella no fuese esta noche.

-Espera a que me tengan bajo control-dijo él-. No quiero asustarla.

-*Buster* anda por ahí suelto -dice Irlma-. No responde a mis llamadas. Y si no viene cuando lo llamo yo, no vendrá lo llame quien lo llame.

En realidad *Buster* es el perro de Irlma. Es el perro que trajo cuando se casó con mi padre. Medio pastor alemán, medio collie, está muy viejo, huele mal y en general se lo ve alicaído. Irlma tiene razón: sólo confía en ella.

Durante la comida se levanta a intervalos y lo llama desde la puerta de la cocina.

-*Buster*, ven. *Buster*, *Buster*, ven a casa.

-¿Quieres que vaya a llamado? -Sería inútil. No te haría caso.

Tengo la impresión de que habla con voz más débil y con mayor desánimo cuando llama a *Buster* de lo que se permite cuando se dirige a otra persona. Lo llama con un silbido, tan fuerte como puede, pero también es un silbido sin vigor.

-Te apuesto a que sé adónde ha ido -dice-. Ha bajado al río. Estoy pensando que, diga lo que diga, tendré que calzarme las botas de goma de mi padre e ir a buscado. Luego, ante ruidos que yo no oigo, Irlma levanta la cabeza y corre hasta la puerta y llama:

-Ven, *Buster*, guapo. Allí está. Allí está. Ven para acá. Vamos, *Buster*. Muy bien, guapetón.

»¿Dónde te habías metido? -pregunta, agachándose y abrazándolo-. ¿Dónde te habías metido, viejo sinvergüenza? Ya lo sé. Ya lo sé. Has ido a mojar te en el río.

Buster huele a podredumbre y a plantas de río. Se tumba en la alfombra entre el sofá y el televisor.

-Vuelve a tener su problema intestinal, eso es. Por eso se ha metido en el agua. Como le quema y le quema, se va al agua para buscar alivio. Pero no consigue alivio de verdad hasta que lo expulsa. Claro que no -dice, abrazándolo con la toalla que emplea para secado-. Pobrecito.

Me explica, como ha hecho otras veces, la causa del problema intestinal de *Buster*: hurga en el criadero de pavos y se come todo lo que encuentra.

-Carne de pavo muerto. Con plumas y todo. Se las traga y no las puede digerir ya como las digeriría un perro más joven. No puede con ellas. Se le amontonan en los intestinos y se le atascan y no puede expulsarlas y sufre horrores. Escúchalo.

Y *Buster*, en efecto, gruñe y gime. Se levanta. Gruñidos. -Estará toda la noche así, a lo mejor. No lo sé. A lo mejor no consigue expulsado. Eso es lo que me da miedo. Si lo llevo al veterinario, sé que no servirá de nada. Se limitará a decirme que está demasiado viejo y querrá sacrificarlo.

Gruñidos.

-¿Es que nadie va a venir a acostarme? -dice el señor Ellers, el ferroviario.

Está en la cama, recostado. Habla con voz ronca y fuerte, pero no despierta a mi padre.

A mi padre le tiemblan los párpados. Como le han quitado la dentadura postiza, la boca se le hunde en las comisuras, los labios casi han desaparecido. En su cara dormida asoma la decepción más inalterable.

-Basta ya de armar jaleo ahí fuera, callaos -dice el señor Ellers al pasillo en silencio-. Callaos si no queréis que os ponga una multa de ciento ochenta dólares.

-Cállate tú, viejo chiflado -dice el hombre de la radio, y sube el volumen.

-Ciento ochenta dólares.

Mi padre abre los ojos, intenta incorporarse, se desploma, y me dice con un tono un tanto apremiante:

-¿Cómo podemos decir que el producto final es el hombre?

Get yo 'hans outa my pocket...

-La evolución -dice mi padre-. Es posible que eso lo hayamos entendido mal. Que esté pasando algo de lo que no sabemos absolutamente nada.

Le toco la cabeza. Está tan caliente como siempre.

- ¿Tú qué opinas?

-No lo sé, papá.

Porque no pienso, no pienso en cosas así. Lo hice en su día, pero ya no. Ahora pienso en mi trabajo, y en los hombres.

Se le agota ya la energía para conversar.

-Puede que esté por venir... una nueva Edad de las Tinieblas. -¿Tú crees?

-Irlma nos lleva ventaja a ti y a mí.

Su voz me suena afectuosa, aunque atribulada. Luego sonrío débilmente. La palabra que creo que dice es... «maravilla».

-*Buster* ya lo ha superado -anuncia Irlma a modo de saludo cuando llego a casa.

Por su cara se ha propagado un resplandor de alivio y triunfo. -Vaya. Estupendo.

-Nada más irte tú al hospital, se ha puesto manos a la obra. En seguida te traigo un café.

Enchufa el hervidor. En la mesa ha servido unos sándwiches de jamón, encurtidos con mostaza, queso, galletas, miel clara y oscura. Sólo hace un par de horas que hemos cenado.

-Ha empezado a gruñir y a dar vueltas y a estar incómodo en la alfombra. Se lo veía como loco del sufrimiento, y yo no podía hacer nada. De pronto, a eso de las siete y cuarto, he oído el cambio. Lo distingo por el ruido que hace cuando ha conseguido desplazado a una posición mejor para apretar. Queda un poco de tarta, no nos la hemos acabado, ¿prefieres la tarta?

-No gracias, con esto es suficiente.

Cojo un sándwich de jamón.

-Así que he abierto la puerta y he intentado convencerlo para que saliera y lo echara.

El hervidor silba. Vierte el agua en mi café instantáneo.

-Espera un momento, te traeré un poco de nata auténtica... Pero ya era tarde. Lo ha echado justo ahí, en la alfombra. Un cagarro así de grande. -Me muestra los dos puños apretados y juntos-. Y duro como mala cosa. Tendrías que haberlo visto. Como una piedra.

» Y tenía razón -añade-. Estaba lleno de plumas a más no poder. Revuelvo el café marrón.

-Y después, zuuum, afuera la parte blanda. Has reventado la presa, eh. -Se lo dice a *Buster*, que ha levantado la cabeza-. Has atufado la casa de lo lindo, eh. Pero casi todo ha ido a parar a la alfombra, así

que la he sacado y la he limpiado con la manguera -dice, volviéndose hacia mí-. Luego he cogido el jabón y el cepillo, y al acabar, otro buen manguerazo. Después he fregado el suelo con lejía y he dejado la puerta abierta. Aquí ya no huele, ¿verdad?

-No.

-No sabes cómo me he alegrado al ver su alivio. Pobrecito. Si fuera humano, tendría noventa y cuatro años.

En la primera visita que hice a mi padre e Irlma después de romper mi matrimonio y marcharme al este, dormí en la habitación que antes era la de mis padres. (Mi padre e Irlma ahora duermen en la que antes era la mía.) Soñé que acababa de entrar en la habitación donde dormía realmente y encontraba a mi madre de rodillas. Estaba pintando el zócalo de color amarillo. «¿Es que no sabes -dije- que Irlma va a pintar esta habitación de azul y blanco?» «Sí, lo sé -dijo mi madre-, pero he pensado que si me daba prisa y lo hacía, ella lo dejaría estar, no se tomaría la molestia de volver a pintar encima. Pero tendrás que ayudarme -dijo-. Tendrás que ayudarme a pintar, porque tengo que hacerla mientras duerme.»

Y era muy propio de ella, en los viejos tiempos: empezaba algo en un gran arranque de energía y luego, por un repentino ataque de fatiga e impotencia, reclutaba a todo el mundo para ayudarla.

-Estoy muerta, ¿sabes? -decía a modo de explicación-. Así que tengo que hacerla mientras duerme.

«Irlma nos lleva ventaja a ti y a mí.»

¿A qué se refería mi padre con eso?

¿A que ella sólo sabe las cosas que le son útiles, pero las sabe muy bien? ¿A que se puede contar con que cogerá lo que necesite, casi en cualquier circunstancia? Como es una persona que no pone en duda sus necesidades, no pone en duda que tiene la razón en todo lo que siente, dice o hace.

Al describirla a una amiga, dije: «Es una persona que le quitaría las botas a un muerto en la calle». Y luego, naturalmente, añadí: «¿Qué tiene eso de malo?»

«... maravilla.»

«Irlma es una maravilla.»

Ocurrió algo de lo que me avergüenzo. Cuando Irlma me contó eso de que mi padre, según él mismo, lamentaba no haber vivido siempre con ella, que la prefería a mi madre, yo le contesté con un tono frío y sensato -ese tono educado que por sí mismo tiene la capacidad de herir- que no me cabía duda que él lo hubiera dicho. (Y así es. Mi padre y yo compartimos la costumbre -no muy digna de elogio- de decir a la gente más o menos lo que creemos que le gustaría oír.) Dije que no me cabía duda que él lo hubiera dicho, pero añadí que, en mi opinión, ella había tenido poco tacto al contármelo. «Poco tacto», sí. Ésas fueron las palabras que empleé.

Irlma se sorprendió de que alguien pretendiera aguarle la fiesta de esa manera, con lo ufana, lo exultante, que ella se sentía. Dijo que si algo no soportaba era a la gente que la interpretaba mal, a la gente susceptible. y se le humedecieron los ojos. Pero en ese instante bajó mi padre, y ella olvidó su propio agravio -o al menos lo olvidó temporalmente- en su preocupación por cuidar de él, por darle algo de comer.

¿En su preocupación? En su amor, podría decir. Su expresión se suavizó por completo, se volvió tierna, rebosante de amor, y su piel adquirió un color rosado.

Hablo con el doctor Parakulam por teléfono.

-¿Por qué cree que le ha subido tanto la fiebre?

-Tiene una infección en algún sitio.

«Obviamente» es lo que no dice.

-¿Está tomando...? Bueno, supongo que estará tomando antibióticos para eso.

-Está tomando de todo.

Un silencio.

-¿Y la infección dónde cree que...?

-Hoy he pedido unas pruebas. Análisis de sangre. Otro electrocardiograma.

-¿Cree que es el corazón?

-Sí, creo que fundamentalmente es eso. Ése es el problema principal. El corazón.

El lunes por la tarde Irlma va al hospital. Iba a llevada yo -ella no conduce-, pero ha aparecido Harry Crofton en su camión y ha decidido ir con él, para que yo pueda quedarme en la granja. Tanto mi padre como ella se ponen nerviosos cuando «no hay nadie en casa».

Salgo al establo. Bajo una bala de heno y corto el cordel y separo el heno y lo extiendo.

Cuando vengo aquí, suelo quedarme desde el viernes por la noche hasta el domingo por la noche, no más, y ahora que he prolongado mi estancia a la semana siguiente, tengo la impresión de que algo en mi vida ha escapado a mi control. Ya no estoy tan segura de que sea sólo una visita. Ya no me siento tan conectada con los autobuses que van de un lugar a otro.

Llevo unas sandalias abiertas, unas sandalias baratas de piel de búfalo. Muchas mujeres que conozco usan este tipo de calzado, y se lo considera indicio de cierta preferencia por la vida rústica, cierta fe en lo que es simple y natural. No es práctico cuando se hace la clase de trabajo que estoy haciendo yo ahora. Trozos de heno y cagarruta s de oveja, que parecen grandes pasas negras, se me meten, aplastadas, entre los dedos.

Las ovejas se apiñan alrededor. Desde que las esquilaron en verano, ha vuelto a crecerles la lana, pero aún no la tienen muy larga. Justo después del esquila, de lejos presentan un asombroso parecido con las cabras, y ni siquiera entonces se las ve suaves y pesadas. Les sobresalen los huesos de la cadera, tienen las frentes protuberantes. Les hablo un tanto cohibida mientras extiendo el heno. Echo avena en el largo pesebre.

Conozco a gente que piensa que éste es un trabajo reparador y que posee una dignidad característica, pero yo lo conozco desde que nací y tengo una opinión distinta. El tiempo y el espacio pueden estrecharse en torno a mí; es muy fácil que me asalte la sensación de que nunca me he marchado, de que me he quedado aquí toda la vida. Como si mi vida adulta fuera una especie de sueño que nunca se hizo realidad. No me veo como Harry e Irlma, quienes en cierto modo han florecido en esta vida, ni como mi padre, que se ha acomodado a ella, sino más bien como uno de esos inadaptados, cautivos -casi inútiles, célibes, oxidados-, que deberían haberse ido pero no lo hicieron, no pudieron, y ahora no encajan en ningún lugar. Estoy pensando en un hombre que dejó morir sus vacas de hambre un invierno después de la muerte de su madre, no porque lo paralizase el dolor, sino porque no podía tomarse la molestia de salir al establo a darles de comer, ni había nadie para recordarle que debía hacerla. Eso es algo que puedo creer, que puedo imaginar. Me veo a mí misma como una hija de mediana edad que cumplió su deber, se quedó en casa, pensando que algún día llegaría su oportunidad, hasta que despertó y supo que nunca llegaría. Ahora lee toda la noche y no atiende la puerta y, en un esquivo estado de trance, sale a esparcir el heno para las ovejas.

Cuando estoy acabando con las ovejas, entra en coche en el corral la sobrina de Irlma, Connie. Ha pasado a recoger a su hijo menor por el instituto y viene a ver cómo va todo.

Connie es una viuda con dos hijos y una granja poco rentable a unos kilómetros de distancia. Trabaja como auxiliar de enfermera en el hospital. Además de ser la sobrina de Irlma, es prima segunda mía; a través de ella, según creo, mi padre conoció a Irlma. Tiene los ojos castaños y brillantes, como los de Irlma, pero su mirada es más reflexiva, menos exigente. Tiene un cuerpo capaz, la piel seca, los brazos duros y musculosos, el pelo oscuro corto y canoso. Se percibe un encanto intermitente en su voz

y su expresión y todavía se mueve como una buena bailarina. Se pinta los labios y se maquilla los ojos antes de ir a trabajar, y de nuevo al final de la jornada; rebosante de lo que podría describirse inadecuadamente como ánimo o buen humor o bondad humana, aflora a la superficie de una vida que no le ha dado muchas posibilidades de elegir, en la que no ha abundado la suerte.

Manda a su hijo a cerrar la verja por mí -podría haberlo hecho yo- para evitar que las ovejas se vayan al campo de abajo.

Dice que ha pasado a ver a mi padre en el hospital y que hoy se lo ve mucho mejor: le ha bajado la fiebre y ha comido todo el almuerzo.

-Debes de tener ganas de seguir con tu vida -dice, como si eso fuera lo más natural del mundo y exactamente lo que ella querría hacer en mi lugar.

No puede saber nada de mi vida, que vivo sentada en una habitación, escribiendo, y salgo de vez en cuando a ver a una amiga o a un amante, pero si lo supiera, probablemente diría que tengo derecho a ello.

-Los chicos y yo podemos acercarnos y hacer lo que sea necesario para la tía Irlma. Uno puede quedarse con ella si no quiere estar sola. En cualquier caso, de momento podemos arreglarnos. Puedes ir telefoneando para ver cómo van las cosas. Podrías volver el fin de semana. ¿Qué te parece?

-¿Seguro que no habría inconveniente?

-No creo que sea una situación tan extrema -comenta-. Normalmente, pasas por unos cuantos sustos antes de... ya sabes, antes de que baje el telón. O al menos, eso es lo más corriente.

Creo que puedo llegar aquí en poco tiempo si hace falta. Siempre está la posibilidad de alquilar un coche.

-Yo puedo pasar a verlo todos los días -dice-. Él y yo somos amigos, me habla. Ten la seguridad de que te tendré informada de todo. De cualquier cambio o lo que sea.

Y ésa parece ser la manera en que vamos a organizarlo. Recuerdo que una vez mi padre me dijo: «Ella me devolvió la fe en las mujeres».

La fe en el instinto de las mujeres, su instinto natural, algo cálido y activo y directo. Algo de lo que yo carezco, pensé, molesta. Pero ahora, hablando con Connie, entiendo mejor a qué se refería. Aunque no era Connie de quien él hablaba. Era Irlma.

Más tarde, cuando piense en todo esto, reconoceré que el mismo rincón del establo donde me hallaba, para esparcir el heno, y donde me asaltó el principio del pánico, es el escenario del primer recuerdo claro de mi vida.

Hay en ese rincón una empinada escalera de madera que sube al pajar, y en la escena recuerdo que estoy sentada en el primer o segundo peldaño mirando a mi padre mientras ordeña la vaca blanca y negra. Sé qué año era: la vaca blanca y negra murió de neumonía en el peor invierno de mi infancia, que fue el de 1935. No es difícil recordar una pérdida tan cara.

Y como la vaca aún sigue viva y yo llevo ropa de abrigo, un chaquetón de lana y leotardos, y a la hora del ordeño ya está oscuro -hay un farolillo colgado de un clavo al lado del compartimento-, probablemente es finales de otoño o principios de invierno. Quizá fuera todavía 1934. Justo antes de que llegara lo más crudo de la estación.

El farolillo cuelga del clavo. La vaca blanca y negra parece increíblemente grande y claramente marcada, al menos en comparación con la vaca roja, o la vaca de un color rojo sucio, su superviviente, en el compartimento contiguo. Mi padre está sentado en el taburete de ordeñar, de tres patas, a la sombra de la vaca. Recuerdo bien el ritmo de los dos chorros de leche cayendo en el cubo, pero no tanto el sonido. ¿Algo duro y ligero, como el granizo? Fuera de la pequeña zona del establo iluminada por el farolillo están los pesebres llenos de heno enmarañado, el depósito de agua donde un gatito mío se ahogará unos años más tarde; las ventanas con telarañas, las herramientas grandes y brutales

-guadañas y hachas y rastrillos- colgadas fuera de mi alcance. En el exterior, la oscuridad de la noche en el campo cuando pasaban pocos coches por nuestra carretera y las casas no tenían luz en el exterior.

Y el frío que incluso entonces debía de estar concentrándose, cobrando fuerza para convertirse en el frío de aquel extraordinario invierno que mató a todos los castaños y muchos árboles frutales.